

SEPARATA DEL LIBRO "POLENTA" de Mauricio Belmonte Pijoán



Anastasio Paravicini C. Archivo: Juan Paravicini M, 2006



Anastasio, Manuel y sus hijos en Sucre.



La imagen muestra los funerales de Anastasio. Archivo: Juan Paravicini m, 2006.

LOS PARAVICINI

Don Juan acaba de sentarse en el sillón del escritorio para reiniciar las sesiones infaltables de lectura e investigación. En el lugar no sobra espacio, más al contrario, la corpulencia de los muebles, un librero empotrado en la pared colmado de libros y papeles, junto al ancho escritorio de madera, empequeñecen aún más el ambiente. Don Juan, aunque lo intenta, no puede controlar la ansiedad que agita su cuerpo mediano y enjuto. Justo hoy debe encontrar los papeles que acreditan su ascendencia italiana y, para ello, debe buscar sin pausas en cada uno de los muebles del apartamento. Al principio parece una tarea fácil si se toma en cuenta las dimensiones estrechas del domicilio, pero la cantidad desmedida de cajas y cartapacios hacen más compleja la tarea. El hombre de cabellos nevados cruza apurado una y otra vez la sala ignorando por completo las sugerencias tímidas de su esposa, al final ingresa al estudio más tranquilo y portando en sus manos, que todavía tiemblan, un fino estuche de plástico. Allí oculta parte de la historia de su familia, los Paravicini. Sin embargo se necesita más que un fajo de documentos para dar con el paradero del primer Paravicini. Don Juan lo sabe y se lanza sin contemplaciones a explicar cómo un médico napolitano alzó valijas, cogió dinero y salió casi sin despedirse en busca de aventuras lejos de casa. Este médico se llamaba Anastasio y tenía como apellido Paravicini. Su bisnieto, Juan, no puede precisar los motivos fundamentales por los que su antepasado dejó Italia, pero cree, con algo de convicción, que fue una desinteligencia familiar, quizás una riña con un posible hermano gemelo llamado Enrico, la que desencadenó la precipitada partida del galeno hacia las poco pobladas, en ese entonces, tierras de América del Sur.

—Más o menos, según mi estimación— aclara con una voz clara y pausada Don Juan— en 1860 llegó mi bisabuelo Anastasio, joven y soltero, a las apacibles calles de la ciudad de Sucre. Y es precisamente allí donde conoce a quien será su esposa, Carlotta Cecilia, hija de otro inmigrante italiano. Dedicado a la medicina por vocación y compromiso personal, Anastasio ejercerá también un rol activo como padre de familia. Su joven esposa Carlotta dará a luz a tres hijos varones, Enrique, Eduardo y José. Enrique seguirá los pasos del padre al elegir la medicina como profesión, mientras los otros dos optarán por el camino enrevesado de las leyes.

Siempre generoso y entregado a la dádiva, Anastasio trazó caminos paralelos entre la medicina y la amistad. Para él daba lo mismo recibir la cancelación completa por una consulta a

domicilio o ser él quien, personalmente, corra con los gastos enteros del paciente desposeído. Obrando de esta manera conquistó los favores y buenas intenciones de la población chuquisaqueña y no satisfecho con ello su espíritu caritativo y bienintencionado se encarnará en la persona de uno de sus nietos, que al igual que él, llevará como nombre de pila Anastacio Paravicini. Hasta aquí, Don Juan ha tratado de exprimir con todas las fuerzas posibles el cuerpo liviano y esquivo de la memoria, que, como la niebla matinal, tiende a diluirse repentinamente marchándose muchas veces sin dejar huellas palpables de su permanencia. El bisnieto, sin proponérselo, parece haber terminado el relato de los acontecimientos más trascendentales del médico napolitano en Bolivia, además es conciente de la extinción de datos que podrían haberle referido mayores pormenores sobre la existencia filantrópica de su antepasado italiano. Claro que Don Juan no claudica y sin darse más treguas continua narrando los hechos familiares que le anteceden.

–Mi abuelo Enrique tuvo como esposa a una dama de prosapia conocida en Sucre, Clorinda Calvimontes, con ella tendrá seis hijos: Anastacio, Maritza, Enrique, Juan Mariano, Dolores y Guillermina.– sujeta con la mano el vaso de agua o refresco que la esposa le extiende y en un acto más mecánico que natural se lleva a la boca el contenido líquido del recipiente de cristal, respira y prosigue conversando –por su lado, Anastacio, mi padre, desarrollará una labor honesta y pulcra sirviendo a la sociedad.

Anastacio, el padre de la cirugía

Anastacio, nieto del galeno napolitano, conoce en Pulacayo al empresario minero y magnate Simón Patiño, trabaja para él y más pronto de lo pensado llega a situarse como el cuarto hombre de la empresa, haciendo fortuna e insertando su nombre en la lista de personajes destacados de aquellos años. Teniendo dinero y prestigio a raudales, Anastacio gozará de tiempo y paciencia suficientes para criar a sus hijos y cautivar con esmero el corazón de su esposa Manuela Mendieta. En Zurapata comprará la tercera parte de la región con el propósito de construir una hacienda familiar. Allí crecerán bajo la mirada abnegada y cariñosa de los padres: Manuela Natividad, Leonor, Juan Antonio, Néstor Armando y Clorinda Paravicini Mendieta. El médico chuquisaqueño fue dueño de un emprendimiento y coraje sin par. Asechado por los vientos de guerra dirige los hospitales de sangre durante la Campaña del Chaco y en Tarija la población civil lo conocerá con el afectuoso mote de “Mano Santa”. Ya en Sucre preside el Comité pro Hospitales y Manicomios hasta el día de su muerte. Su excelente labor profesional y nobles servicios humanitarios fueron premiados con el máximo galardón boliviano, el “Cóndor de los Andes”. El pionero de la cirugía en Bolivia murió en silencio, custodiado por sus hijos y velado con solemnidad. Ahora, su hijo, Don Juan, esboza una sonrisa discreta cuando contempla el retrato de su padre, sabe que los hombres pasan pero sus obras no y la del “Padre de la Cirugía boliviana” quedó grabada en la historia contemporánea del país.